

ESCUELA SUPERIOR DE ARQUITECTURA DE MADRID.
=====

ENTREGA DE TITULOS A LOS ARQUITECTOS Y APAREJADORES DE LA
PROMOCION DE 1.954 = (24 DE NOVIEMBRE DE 1.954) - - - - -

=====

publicant

SEÑORES:

Por tercera vez, nuestra Escuela celebra este acto que significa la entrada en las profesiones respectivas, de los nuevos arquitectos y aparejadores, a los que supongo bien pertrechados de nobles ilusiones. Los que se van de esta casa y los que aún quedamos en ella, debemos, ante todo, agradecer la compañía de quienes, desde los puestos de Gobierno, deciden buena parte de nuestros diarios problemas; de los que, en las comunes actividades profesionales, acucian y comentan nuestros propósitos; de los que, en tareas afines, participan de análogas preocupaciones docentes; de los familiares y amigos que están aquí por puro afecto, que recibieron quizás confidencias de temores pero también las primeras alegrías de la larga carrera terminada. A todos gracias muy sinceras, por su preciosa asistencia.

A esta fiesta de entrega de títulos, se unía otras veces, el comentario sobre un asunto determinado por un profesor que el Claustro designaba a propuesta de su Director.

Esta vez ha querido el propio Director, por ser la última de su vida docente, llenar la sesión con el tema oportuno. ¿Y cual mejor que el de recordar, en breve síntesis, la vida de la Escuela desde nuestra anterior reunión?.

La Escuela es un organismo vivo, en evolución constante. Se nutre y se gasta; padece contrariedades, sufre pérdidas y acumula esperanzas; pasa, raramente, por momentos de

crisis internas, pero acreciente sus recursos espirituales mirando, unida, serena y firmemente, al porvenir. Se da cuenta de lo que significa para la cultura y para la riqueza del país, como base de la profesión de la arquitectura; y consciente de su papel, organiza sus fuerzas y selecciona la calidad de esas fuerzas. Es en fin, un organismo de actividad siempre creciente y con el alma siempre en tensión. He aquí como, repasando la vida de un año, escribimos su historia.

La del curso 1953-54, se abre para la Escuela con el capítulo de las desventuras. En un día de Noviembre perdimos un gran amigo que compartió con nosotros medio siglo de fecunda actividad: Don Fernando Ariño, Jefe de nuestra Biblioteca. Profesores y alumnos que le trataron y a los que sirvió con afectuosa diligencia, recordarán su interés por encima del deber oficial, hasta la hora misma de su muerte. Pocos llegarían al grado de calidad de su emoción ante la pérdida, y luego parcial recuperación, de nuestros libros, tan amorosamente custodiados.

Después, en ocasión tan solemne como la presente, el Ministro de Educación Nacional, precisamente ante muchos, casi todos, de los que aquí estamos, rindió merecido tributo oficial a D. Luis Mosteiro, recién cumplida la edad de su jubilación. Parecen resonar aún en este recinto las palabras de homenaje que la Escuela le dedicara por boca de quien fué su leal amigo y compañero. ¡Bien ajenos estábamos entonces a que, seis meses después, agotadas sus fuerzas en el cumplimiento de los cargos, por nuestro deseo prolongados, nos abandonara para siempre, dejando en nosotros un recuerdo firme, perdurable!...

Y al poco tiempo, tras el viejo maestro, otro Profesor de juvenil prestigio, Gonzalo de Cárdenas, -que era ya también un gran valor en lo docente-, aumentaba con su fallecimiento el infortunio de la Escuela, dolorosamente conmovida por aquellos días, con la trágica muerte de uno de sus alumnos: Javier Sáenz Artiach. Poco tiempo también ha transcurrido entre la pérdida de Gonzalo de Cárdenas y la de su padre Don Manuel, el jubilado Profesor que dejó en esta Escuela recuerdo incomparable de competencia u simpatía, y cuya vida fué ejemplo de abnegación y de resignado sufrimiento,



Para éstas pérdidas no puede haber compensación, ciertamente; pero como sucede en la vida humana, que de otro modo no podría soportarse, llegan al deseado balance, satisfacciones y alegrías, tales como la incorporación a nuestro Claustro de nuevos Profesores. Así, Ruiz Azpiri y Chueca, ambos de reconocida valía y de los que, fundamentalmente, tanto esperamos. Y aquella Secretaría de Mosteiro que nos parecía de imposible sustitución, se ha entregado a las inteligentes manos del Profesor Antonio Camuñas, con la seguridad de no desmerecer de su ejemplar antecesor.

La Escuela recibió otros honores en las personas de tres de sus más ilustres miembros. Torres Balbás, nuestro primer historiador de la Arquitectura, ingresó en la Real Academia de la Historia. Luis Moya una de las grandes figuras de la arquitectura española contemporánea y Pascual Bravo, el maestro por excelencia, tomaron posesión de sus plazas en la de Bellas Artes de San Fernando. No creo que pueda presentarse un caso semejante: tres miembros de un reducido Claustro, recibiendo, en corto plazo de tiempo, los laureles académicos con el unánime aplauso público y con la orgullosa satisfacción de sus compañeros.

También nos han llegado los bienes fecundos de la generosidad de nuestros colegas. El Consejo de Colegios de Arquitectos de España, donó importantes cantidades con que atender aquello que tanto interesa al progreso de la profesión, tal como material de laboratorio y viajes de prácticas, contribuyendo de ese modo a la mejor formación de nuestros alumnos. Nunca agradeceremos bastante esta manera de colaborar en los problemas de la Escuela, cuya creciente complejidad y extensión no pueden ser atendidos completamente por la dotación oficial, pese al buen deseo de los que tienen a su cargo la dirección de la Enseñanza Técnica.

Una ilustre dama, ya fallecida, hija de aquel notable arquitecto autor del célebre palacio de España en la Exposición de París de 1900, Dña. Soledad Urioste, Marquesa de Acha, estableció una fundación con toda su fortuna, un tercio de la cual, -que puede llegar a dos millones de pesetas,- se destina con sus rentas, a mantener becarios en esta Escuela. Todo ello a la buena memoria de su hijo, Alberto Acha, a

" " "

quien recordamos como alumno excelente, que hoy hubiese sido un gran arquitecto y tragicamente muerto, en unión de otro hermano. Se perpetua tal fundación en el testamento con estas palabras, que me parece el mejor homenaje a la benemérita fundadora:

"Estas becas, para los alumnos de arquitectura, servirán,- dice textualmente,- Para que recuerden, a mi hijo Alberto y tengan a su profesión el mismo cariño entrañable que él la tuvo, y procuren honrarla, como él lo hizo....."

Las becas correspondientes a nuestra Escuela, comenzarán a disfrutarse en el presente curso, según un reglamento especial, redactado por el Patronato, a propuesta del Claustro de profesores, y con sujeción estricta a los nobles deseos de la fundadora.

Nuestro empeño de llevar adelante el Museo Nacional de Arquitectura y en el que no cejamos a pesar de su lánguida actividad, motivada tanto por dificultades económicas como por la ausencia de aportaciones; digo, se ha acrecentado con nuevos modelos ya instalados: el interior y el Sagrario de la Catedral de Málaga; la sacristía de la de Jaén; el bellísimo arco del mirador de Lindaraja de la Alhambra; y, aún sin montar, un modelo del Generalife y un auténtico arco del Claustro de San Juan de los Reyes de Toledo, generosamente donado por la Dirección de Regiones Devastadas, y que con otro del derribado palacio de Xifré iniciarán la parte del Museo en el jardín en vías de realización. En lo que al de construcción respecta, y que es elogiado por técnicos propios y extraños, va a ampliarse, comprendiendo nuevas instalaciones. Esperamos una mayor colaboración de los compañeros para ir logrando este Museo, específicamente didáctico, ciertamente, pero que puede constituir un instrumento cultural de primer orden en el ámbito de la Ciudad Universitaria.

Nuestra Biblioteca sigue aumentando. Los 7.000 volúmenes tan angustiosamente rescatados en 1939, se elevan ya a 15.000, con lo que vamos acercándonos, salvo pérdidas insustituibles, a lo que era en 1936: la mejor biblioteca de arquitectura de España y una de las mejores del mundo, gracias a la munificencia de D. Juan Cebrian, cuyo nombre viene a nuestros labios siempre que de ella se trate. Hemos adqui

rído hace poco el manuscrito de Hernán Ruiz, que con el de Alonso de Valdelvira y otros importantes volúmenes constituyen las joyas de nuestros fondos. También aumenta el número de lectores: de los 2.000 de 1951, hemos llegado a casi 10.000 en el pasado curso. Los trabajos de catalogación y de ficheros, en sus varios aspectos, están al día merced a la dirección excelente de Da Carmen Jalón, que en la Jefatura de la Biblioteca sucedió al Sr. Huarte, de grata memoria.

En el Laboratorio de ensayos de materiales, establecido en colaboración con el Centro Experimental de Arquitectura, se realizan, por lo que a lo docente se refiere, las prácticas de la Cátedra de Materiales de Construcción, a las que antes asistía el alumno como espectador; ahora los trabajos son realizados personalmente por los propios alumnos. En el pasado curso 1953-54, éstos, divididos en grupos de tres, han llevado a cabo el estudio completo de gran número de materiales y realizado ensayos de cementos, hornigones ordinarios y vibrados, etc.. También en este año se ha completado el laboratorio con una prensa de 250 toneladas y diversos aparatos auxiliares.

Por parte del Centro Experimental se siguen realizando los ensayos que solicitan organismos oficiales, arquitectos y constructores. En el mismo pasado curso, se han despachado setenta expedientes entre los que merecen destacarse los resultantes sobre tejas, de diversas procedencias y que permiten redactar las normas de la calidad de ese material.

Faltan, sin embargo, muchos elementos cuya necesidad para lo docente y profesional es de toda evidencia. Problemas tan interesantes como el aislamiento térmico y acústico de los materiales, no se han abordado por falta de medios y personal auxiliar especializado.

No hemos desechado la idea, sino que, por el contrario, permanece más viva y arraigada, de establecer en la Escuela el taller de modelos de monumentos notables, especialmente de aquellos en trance de perderse, trabajos con la posible colaboración de nuestros propios alumnos, en una organización adecuada. No creo que pueda existir lugar más a propósito que la Escuela de Arquitectura para conseguir la colección de modelos de monumentos, adscrita al museo y motivo de una labor docente de valor indudable.

Al llegar a este punto entro en el capítulo de los anhelos y aspiraciones de la Escuela, que si no es su historia, la preparan. Se traen aquí, no solo como pasajera información que a todos puede interesar, sino tambien para estimular colaboraciones que consideramos convenientes. Las autoridades del Ministerio ya las conocen en su mayor parte, y no es necesario decir que, en general, son compartidas por la Escuela hermana.

El problema más grave, que nos obsesiona desde hace tiempo, es el de la selección en el ingreso de los estudios especiales. De poco sirve la inteligente acción de un profesorado competente; la modificación de planes; los ajustes administrativos, y la provisión de medios adecuados de toda índole, si el sujeto alumno no posee las condiciones naturales para recibir y asimilar las enseñanzas. Contra lo que una parte del vulgo estudiantil de ese ingreso, y algunos de sus próximos allegados suelen suponer, la Escuela no establece, deliberadamente, obstáculos con fines de egoísta limitación, y con la complicidad profesional. La intención del legítimo rigor, es más noble. Se considera indispensable que a las normales condiciones intelectuales, es decir, a un claro entendimiento y a una necesaria memoria, inicialmente cultivados en los grados anteriores de la enseñanza y suficientemente preparados para aceptar, sin error y sin tortura, todo lo que la técnica específica del arquitecto ha de exigir en el periodo formativo, se unan en el aspirante aptitudes naturales de sensibilidad, de intuición estética; almas dispuestas a la emoción de los problemas básicos de la arquitectura; o sea, que debe poseer, siquiera en fase incipiente, aquella "voluntad absoluta de arte", sin la cual no es posible la verdadera creación, con cuyo proceso ha de enfrentarse el alumno poco después de su ingreso.

Probar y preferir las mejores de esas aptitudes, es el propósito de la selección. Y en este sentido, ¿estamos satisfechos del método actual?. De ningún modo, y por ello, tenemos presentado, hace tiempo, a la superior consideración, otro que estimamos de mayor garantía, ya que eliminará, en lo posible, el ingrediente nocivo de la suerte.



* * *

Así, el primero de nuestros deseos es la aprobación de ese nuevo plan de ingreso, que seguramente ofrecerá alguna dificultad en su aplicación, con la que contamos, pero que nada supone al lado de las ventajas que nos promete.

Desde hace tiempo algunos de nuestros profesores perciben un descenso alarmante en aquellas cualidades sensibles y emotivas que, como antes decía, son fundamento de nuestra docencia. Lo atribuyen, no sin razón, a una acumulación de matemáticas, quizás excesiva para nuestra posterior tarea científica, que la Facultad de Ciencias exige a los aspirantes. No desconocemos la importancia y necesidad del fundamento matemático para los estudios de nuestra especialidad y aún para el eficaz desarrollo de la razón y del juicio crítico que, en alto grado, debe poseer el arquitecto; pero solo en lo preciso, y nunca a costa de secar el alma, del que jamás dejará de ser y de obrar como un artista, en el más puro, elevado y hasta lírico concepto como tal. Quizás proceda de acuerdo con la citada Facultad, una revisión de programas, y una intervención de la Escuela en su redacción y en las pruebas de examen. Tal sería su deseo número dos.

Esta doble y forzosamente simultánea dedicación a la ciencia y al arte, que no se da en otras preceptivas universitarias ni técnicas, supone una complejidad de esfuerzos para nuestros alumnos que se traduce en una excesiva prolongación de la carrera, sin contar claro es, la contumaz insistencia de los que creen que solo el esfuerzo de una voluntad, sin duda-iluminada por engañosa ilusión-puede suplir las naturales aptitudes con que Dios ha dotado a los que EL ha elegido para arquitectos.

Así, no es raro encontrar entre el alborozo estudiantil de estos vestíbulos y galerías, a respetables padres de familia, con los inherentes deberes y preocupaciones de su prematura condición. Confieso con cierto rubor, si no tendremos en ello cierta inocente responsabilidad, sobre todo en esta hora del mundo, todo vértigo e impaciencia. La consecuencia de aquel tan dilatado prólogo, es una cansina laxitud, primero; y después, un justificado afán de ocupación externa, asalariada, que compense el retraso de honorarios profesionales. Ambas cosas, de evidente perjuicio para el estudiante que, en todos



■ ■ ■

que la generosa comprensión de la Junta de la Ciudad Universitaria ha hecho posible.

Tenemos, pues, planes bien pensados que nuestra fé supone realizables. Faltan para lograrlos total y acabadamente, medios económicos suficientes; pero quizás el buen deseo de la Dirección General, que me consta evidente, y la esplendidez del Consejo de Colegios, permitirán implantarlos más o menos rápidamente, y de este modo poseer lo que necesitamos para prácticas y laboratorios que completan las disciplinas teóricas, sin mencionar los trabajos de investigación, las publicaciones, los servicios bibliográficos, etc., que constituyen otra etapa de este sueño de perfecciones.

No obstante, un asunto urgente, del que ahora tengo que ocuparme, es, Sr. Director, resolver el problema del Profesorado, escaso en número y en situación depresiva respecto al de Universidad, no superior éste en rango social y docente, ni en el modo y calidad del acceso, a nuestras cátedras. Nuestra ambición siempre ha consistido en integrar un magisterio de máximas competencias y vocaciones indeclinables. La vida impone legítimas compensaciones a esas disciplinas sutiles y continuadas como son las de enseñar, y que solo aquellas vocaciones, nunca bien estimadas, pueden alejar de otras más pingües tareas. Por eso considero como un propósito de terminar con tamaña injusticia, el proyecto de Ley que en estos momentos se encuentra en el Ministerio de Hacienda, equiparando las dotaciones de nuestras Cátedras, en categoría y emolumentos, a las de la Universidad. He aquí otra nueva prueba del interés del Ministro y del Director General, que agradecemos profundamente.

Las cosas suben de punto en lo que respecta a la enseñanza de aparejadores. El número de sus profesores, mal remunerados, que figuran como numerarios, es de tres. Los demás son interinos o provisionales, es decir, lo inseguro, lo discontinuo, que puede, sin el milagro actual, rayar en lo deficiente. El plan de enseñanza de aparejadores merece también revisarse y para sus prácticas de construcción, tan imprescindibles en aquellos alumnos que no proceden de la venturosa cantera de la obra misma, más intensidad y eficacia. Si la

enseñanza de la arquitectura se halla en todos sus aspectos exigua-
mente dotada en el presupuesto oficial pose a todos los buenos de-
seos, la de aparejadores lo esté más aún, en detrimento de esta pro-
fesión auxiliar del arquitecto, tan digna y merecedora de la mayor
atención.

Cierro el antipático capítulo de las lamentaciones para dedi-
car unas palabras finales, de cordial despedida a los nuevos profe-
sionales que van a recibir su Título. Es muy posible que al cambiar
vuestra condición de alumnos por la otra de mayor responsabilidad,
noteis en los primeros pasos pequeñas deficiencias en vuestra for-
mación, cosa que ocurre en análogos trances; defectos quizás de me-
dios o de sistema, que tratamos de corregir, nunca atribuibles a los
que, hasta hoy, han sido vuestros profesores y a los que siempre
deberéis guardar aquel afectuoso respeto nacido durante la conviven-
cia escolar.

España nos tiene confiados, a arquitectos y aparejadores, bue-
na parte de sus problemas sociales y económicos. A esta confianza,
verdadera confianza de categoría nacional, responderéis sin duda,
en la parte que os corresponda, con vuestro esfuerzo, basado en una
honorable actuación. De aquellos problemas, el más importante es el
del rendimiento del trabajo, no solo en intensidad, sino, en nues-
tro caso, en calidad en perfección; es decir, en progreso, en exce-
lencia. Tales deberán ser vuestros propósitos. Al cumplirlos así,
honraréis vuestra profesión y también a esta Escuela que, al despe-
diros, os desea la máxima felicidad.

Modesto López Otero

Director de la Escuela,